

SERMON
SOBRE EL
CAMINO DEL CALVARIO

PREDICADO EN PUEBLA
EN LA IGLESIA DEL SEÑOR DE LOS TRABAJOS

EL 1.º DE ABRIL DE 1859,
EN LA PRIMERA MISA QUE CELEBRÓ EL PERO. D. FRANCISCO RUIZ

POR EL SR.

D. JOSE MARIA GARCIA MENDEZ

CURA INTERINO DE SAN MARCOS.

*Requies sibi crucem, exivit in eum
qui dicitur Calvarie locum.*

Llevando su Cruz á cuestras, salió
para aquel lugar que se llama Calva-
rio.

Joann, cap. XIX, v. 17.

En los libros de los vaticinios sagrados; en aquella compilacion de sentencias cuyas verdades se hallaban de tal manera sepultadas en el tiempo, que no aparecia de ellas ningun principio ni relacion con el presente; en esas predicciones inspiradas por Dios de sucesos contrarios á las leyes generales y naturales, y de acontecimientos prodigiosos é incomprensibles; en las profecias, leemos la prefiguracion de un hombre extraordinario, que si bien tra-

jera al mundo un origen sublime y naturaleza divina, y por ello fuera elevado sobre todas las criaturas del vasto universo; seria, sin embargo, objeto y receptáculo de abyecciones profundas, de ultrajes inauditos, de atroces injurias y de baldones sin cuento.

Zacarias (1) lo describe con los caracteres de un Rey poderoso y triunfante que vendrá á consolar á la hija de Sion. Daniel (2) lo representa el Santo de los Santos, la justicia personificada y el poder encarnado que habia de cambiar los tiempos y los siglos, los imperios y los reinos, para trasladar y firmar los suyos fuera del alcance del poder humano. Ageo (3) lo reseña el deseado de todas las naciones, que vendrá á henchirlas de gloria y de paz. Malaquias (4) lo caracteriza un Angel de alianza que será el reconciliador de la tierra con el cielo. Pero en contraste sorprendente de tanta majestad y poder, David (5) lo presenta como el esclavo más abyecto, desechado, acusado, atormentado de mil maneras, abrevado en hiel y taladrado de piés y manos. Isaias (6) lo describe negado, vendido, abofeteado, escarnecido, escupido á la cara, cubierto de heridas y de sangre, muerto y despues glorioso en su sepulcro. ¿A quién, pues, se refiere una reseña tan contradictoria? ¿A quién corresponde este cuadro, por el anverso tan magnifico y glorioso, y por el reverso tan abatido y humillante?

Bien entenderéis, señores, que la persona á quien hacen referencia estas misteriosas predicciones, es Jesucristo Hijo de Dios; aquel hombre extraordinario que se presentó en la Judea y la llenó de beneficios, de ejemplos y de milagros, y á quien sin embargo los judíos se obstinaron en desconocer, porque no le veian rodeado de la

(1) Zachar, cap. XIX, v. 9.

(2) Daniel, cap. II.

(3) Ageo, cap. II.

(4) Malaquias, cap. IV, v. 1.

(5) David, salmos 97, 40, 68, 21.

(6) Isaias, capitulos XXI, XXXIV, L, LIII, LXVII.

pompa y majestad con que figuraban á su libertador; á quien los gentiles calificaron de demente, porque no poseían la inteligencia de los divinos arcanos, ni acertaban en la concordancia de las profecías; y á quien los cristianos, porque rendimos el debido homenaje de fe á las sagradas letras fundadas en la revelacion de Dios, veneramos como á nuestro Salvador, como á nuestro Redentor y como al reconciliador de la tierra con el cielo, por medio de las humillaciones aceptadas en la naturaleza humana de que se revistió para padecer y morir por los pecados de sus hermanos.

Imposible sería, señores, que los cristianos que hoy nos hallamos reunidos en este templo para recordar con amor reverente la pasion de Jesucristo Nuestro Señor, emprendiéramos hacerlo de todas sus penas, de todos sus sufrimientos y de todos sus trabajos, desde que en un humilde establo de Belen abrió sus divinos ojos á la luz primera, hasta que la agonía y la muerte le abatieron en la cima del Gólgota, pendiente de un infame patíbulo. Imposible será tambien, por más que nuestra gratitud lo exija, que estimemos en su verdadero valor todos los actos de su preciosa vida, sembrada de virtudes sublimes, de doctrinas excelasas, de estupendos milagros y del más puro y acendrado amor á la humanidad. Imposible será que comprendamos y sintamos como merecen, las angustias, los baldones, los dolores inmensos y los sufrimientos humildes de que estuvo plagada su venerable pasion y su preciosa muerte. Mas para cumplir nuestro piadoso deber en este dia, consagrado al culto de Jesus en los trabajos de su camino al Calvario, yo os lo recordaré con su Cruz á cuestas, soportando en sus llagados hombros su enorme peso, sufriendo la angustia de tan dolorosa jornada, y su amantísimo corazon traspasado de la pena de su Santísima Madre y de la ingratitud de los hombres. Consideremos brevemente á Jesus arrojado en la tierra bajo el ominoso peso de la Cruz: á tal extremo le han precipitado las culpas de los hombres. Considerémoslo lue-

go puesto en pié y casi exánime, caminando gustoso hasta el lugar del suplicio: así enseña á los pecadores á expiar sus culpas bajo el saludable peso de la penitencia. Esta doble idea me propongo, señores, desenvolver en este breve rato, con el fin de excitarnos al arrepentimiento de los ultrajes hechos á Jesus y á la expiacion de los pecados por la penitencia sacramental. Pidamos la gracia del Espiritu Santo por la intercesion de su purísima Esposa la Santísima Virgen Maria.—AVE REGINA, etc.

Bajulans sibi crucem, etc.

Describiendo Isafas (1) al siervo del Señor, á su Mestias hecho hombre, con rasgos sublimes de suprema inteligencia y sabiduría, para cumplir sus órdenes en la grande obra de la redencion, lo representa tambien con horrosos tintes y coloridos de sangre, de tormentos y de angustias. ¿Quién es ese? pregunta: ¿Quién es ese insigné varon que poderoso, justo y clemente con el género humano, viene de Edom y de Bostra, con el glorioso manto real que le cubre, salpicado de la sangre vertida en la difícil y sangrienta victoria que el solo ganó contra sus enemigos? Es el hombre despreciado como el postrero de todos, varon de dolores y que sabe de trabajos; el que por su voluntad se ofreció solemnemente al sacrificio, y cual oveja conducida á la muerte, tomó sobre sí las penas que merecian los extravíos de los hombres; quien

(1) Isafas, cap. LXIII.

cargó sobre sus hombros las iniquidades y maldades de todos, y quien para expiarlas fué llagado, herido, atormentado y al fin condenado á infame muerte y arrancado de entre los vivientes por sentencia de jueces inicuos.

En este patético cuadro trazado por un profeta del Antiguo Testamento con la antelación de muchos siglos, la Iglesia católica ha reconocido siempre el reinado de Jesucristo Hijo de Dios, que desprendido del seno de su Padre se ofrece por el rescate de la humanidad, y se hace víctima expiatoria de sus pecados. Como Hijo de Dios, se encuentra cargado con los derechos de la justicia de su Padre; pero como verdadero hombre, lo está también con los intereses de la humanidad culpable, y así se interpone entre Dios y el pecador, entre la culpa y la ley, entre la justicia y la misericordia, entre el castigo y el perdón. ¡Oh amor inefable de Jesús á la humanidad! Un Dios inmolando á su propio Hijo en sustitucion del hombre culpable: un Dios hecho hombre: un hombre exento de toda culpa original y personal, y á quien por lo mismo nunca pudiera acercársele el pecado ni la muerte, confunde su santidad, se reviste de pecador, y cargando sobre sus hombros el enorme peso de la malignidad humana, marcha al suplicio á satisfacer la eterna, la inflexible justicia de Dios. Vuelvo á exclamar: ¡Oh amor inefable de Jesús! Pero ¡oh ingratitud incomprensible del hombre! ¿No le bastará, para calificarse de ingrato, olvidar los beneficios de Jehová ostentados en la creación, recibidos al sacarlo de la nada y elevarlo al trono mismo de Dios, manifestados al ofrecerle la restauracion de su caída por la redencion, y confirmados, al fin, con haber dado por él su sangre y su vida, hacerlo objeto de sus delicias y alimentarlo y sostenerlo con su mismo cuerpo y sangre? ¿No bastaba todo esto sino que también á tanta ingratitud habia de añadir su deslealtad y traicion al buen Dios de los cristianos? ¿Por qué error ó por qué ingratitud corresponde el hombre de este modo? ¿Por qué, despues de diez y ocho siglos de pasado el gran sa-

crificio del Calvario, el hombre lo repite diariamente renovando los ultrajes, los dolores, la pasion y la muerte de su Redentor? ¿Por qué sobrecarga en esa Cruz que le ha hecho sucumbir todas sus iniquidades y sus crímenes? Señores, el pecador con los delitos que diariamente comete, con más atrocidad y con más conocimiento de los judíos, repite y renueva los tormentos y la muerte de Jesús, porque con su impiedad le desconoce y niega; con su libertinaje le insulta y ultraja; con su avaricia le vende y entrega; con su blasfemia lastima sus oídos y atormenta su cabeza; con su ira le ata y le azota; con su mollicie lo macilenta y consume; con su voluptuosidad le desnuda y avergüenza; con su soberbia le desprecia y arroja á la tierra; y con todas sus culpas recarga esa pesada y ensangrentada Cruz que le abruma y en la cual al fin le clava, le eleva como objeto de infamia, le hace morir para abrir cruelmente su corazón y hacerle verter la última gota de su sangre. ¡Ah! y esa última preciosísima sangre es aun ofrecida por Jesucristo en expiacion de los pecados de sus enemigos, de sus verdugos, de los hombres. ¡Oh amor! ¡oh misericordia incomprensible de Jesús! Lloremos, señores, lloremos con lágrimas de verdadera contricion, vertidas hoy al pié del altar que aplaca la ira de Dios; lloremos nuestras iniquidades y propongamos firmemente expiarlas por la penitencia, imprimiendo en nuestros corazones la leccion que en segundo lugar nos da Jesús en los trabajos de su dolorosa jornada al Calvario.

La penitencia cristiana que Nuestro Señor Jesucristo, tomándola de la esfera de virtud, elevó al rango de sacramento para comunicarle el don de causar la gracia santificante, que como virtud sola no puede tener, comprende tres deberes ó caracteres esenciales: 1.º La detestacion interior del pecado por el arrepentimiento. 2.º La confesion de la culpa, como expresion propia y efecto necesario del arrepentimiento. 3.º La reparacion del mal causado y la formacion del sacrificio expiatorio para

conseguir el perdón. Y ¿quién de los cristianos que me escuchan, al juzgarse convencido de las infinitas y atroces ofensas que hemos perpetrado y diariamente cometemos contra nuestro magnánimo Redentor, que á precio de su sangre y de su vida conquistó nuestra salvación, quién no se sentirá poseído del propósito de enmendar su conciencia detestando sus culpas por el arrepentimiento, confesándolas ante Jesucristo por medio de sus sacerdotes, á quienes transmitió todo su poder para perdonar las que se arrojen á sus piés envueltas en el dolor y en el propósito de enmienda, y protestando su satisfacción por medio del sacrificio del corazón, por la mortificación y por las buenas obras?

La penitencia sacramental nos libra de la ignorancia de nosotros mismos, pues nos hace conocernos y calificarlos con la exactitud de la verdad: nos inclina á sacudir el orgullo que crece en el corazón á proporción de los pecados y que nos inmoviliza para dar el primer paso á la humildad: nos libra del desaliento, que es grande obstáculo á la virtud, venciendo el peso de las flaquezas de que interiormente nos sentimos poseídos, y que pretenden persuadirnos de que no podemos obrar de otra manera que bajo sus influencias. La penitencia nos hace volver á comenzar una vida nueva, en la que conociendo la vanidad de los placeres, nos obliga á romper con ellos y arrojarlos á un abismo en que desaparecen todas nuestras miserias: nos ofrece por el arrepentimiento una segunda inocencia, y por el sentimiento del perdón una conciencia renovada, que puede volver á empezar sobre nuevos cimientos de virtud: finalmente, la penitencia renueva nuestra unión con las almas virtuosas; se conservan y estrechan los lazos de una asociación espiritual, y por medio de la fe esta asociación posee un centro único, un fondo inagotable de luces y de gracias, cuyo principal origen está en los méritos de Jesucristo. Nuestro Señor, á los cuales se unen las oraciones de la Santa Iglesia y todas las buenas obras de las almas santas de la

tierra y del cielo. ¡Oh gracias! ¡Oh virtudes supremas de la penitencia sacramental!

A este gran recurso de expiación; á este inagotable raudal de gracias y de méritos; á esta fuente purísima de perdón, nos excita Jesucristo en el camino de su suplicio, abrumado con el enorme peso de la Cruz y arrojado por nuestras culpas al polvo de la tierra. Oid, cristianos, como aun en esa aptitud tan dolorosa y humillante, nos dice que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y se salve; y conoced que en esta frase de amor acepta nuestro arrepentimiento. Recordad que al establecer su Iglesia sobre la autoridad de Pedro, le dió, y en él á los demás sacerdotes, la facultad de perdonar (1) los pecados, y lo dispuso así para recibir la confesión sincera de nuestras culpas y borrarlas por el perdón. Atended á que tambien nos dice: Venid á mí todos los que estais trabajados y oprimidos del peso del remordimiento, que yo os aliviare y os dare esfuerzo, y así nos abre su amantísimo corazón y se propone recibir la expiación de los pecados. Reflexionad á que igualmente nos conviende á tomar cada uno la cruz de nuestro destino, y á seguirle en el escabroso camino del Calvario (2); y con esto acepta en expiación la paciencia, el sufrimiento de los trabajos que nos envíe para cumplir su santa voluntad, porque de otro modo nadie puede llamarse verdadero discípulo suyo. Finalmente, recordad que con frecuencia decia que prefiere la misericordia al castigo, y que su misión fué llamar á los pecadores para que se convirtan y vivan eternamente.

Señores: el tiempo es aun aceptable: los dias presentes son los de la verdadera salud que anunciaba S. Pablo (3), porque son los de penitencia. Aceptémoslos: hagamos de ellos el tiempo de nuestra reforma, comenzándola por

(1) Matth., cap. XVIII, v. 18.

(2) S. Mar., cap. VIII, v. 34.

(3) Ad Rom., cap. XIII, v. 11.

llorar vuestras culpas con las lágrimas que el profeta David vertía ante el Señor exclamando: No desprecies un corazón contrito y humillado (1) que te ofrezco en sacrificio de expiación por mi pecado. Depongámosla luego en el tribunal de la penitencia: limpiémonos de su lepra en esa piscina salúfiera, cuyas aguas son movidas por los ángeles de Jesucristo enviados á este fin. Hombre no nos falta que nos acerque á ellas. Expiémoslas también con las buenas obras de la caridad fraternal, con el perdón de las injurias, con el ayuno, la limosna y la oración, virtudes todas á las cuales daremos mucho mérito siguiendo á Jesucristo y llevando con paciencia y conformidad la cruz del sufrimiento en los trabajos de la vida y del destino en que nos ha colocado la Providencia.

A vos, jamigo y no siervo de Jesucristo! á vos, á quien por el sagrado ministerio del Pontificado, ha inaugurado hoy la Providencia en las sublimes funciones del sacerdocio: á vos muy particularmente dirige Jesús su mirada y su voz desde el camino del Calvario, abrumado con esa pesada y ensangrentada Cruz que carga para conducirnos á la gloria.

Grave, muy grave, pero muy gloriosa es la cruz del sacerdocio que desde hoy comenzaís á portar en vuestros débiles hombros. Es gloriosa, porque vuestra misión será exaltada por dones y gracias que ningún soberano de la tierra puede dar jamás á ningún hombre. Porque habeis obtenido la facultad, nunca bien comprendida ni estudiada, de sujetar á Jesucristo á vuestra palabra, obligándole á bajar de su trono de gloria á vuestras manos, para asimilarlo á vos y comunicarlo á vuestros hermanos. Porque se os ha dado la soberanía de la conciencia humana y con ella el precepto, la fuerza y la gracia para defenderla hasta derramar la última gota de sangre, si fuere necesario. Porque se os han transmitido las facul-

(1) David, Sal. L, v. 19.

tades de la justicia de Dios, para juzgar de sus ofensas y ultrajes, y abrir y cerrar las puertas de su gloria, y se os ha dado la ciencia y la gracia de enseñar su doctrina, de comunicar su palabra y de revelar los arcanos de su sabiduría. Pero también es pesada y grave vuestra cruz porque os vereis cercado de tormentos y de angustias. Esa cruz oprimirá vuestros hombros, hará verter lágrimas de vuestros ojos y suspiros de vuestro corazón. La impiedad os perseguirá: el libertinaje os insultará: el hombre de Estado os despreciará: el falso filósofo os increpará: el noble y opulento os desdeñará: el sábio presuntuoso os criticará: el impenitente os odiará y el necio é ignorante os importunará. Vuestra frugal mesa será cubierta de amargura y sinsabor, vuestro lecho de espinas, vuestro reposo de ansiedad, y toda vuestra vida será lastimada con las escabrosidades de la cruz del sacerdocio.

Mas no la esquivéis jamás; nunca hagais el menor impulso de arrojarla; nunca os presentéis débil ó tibio para llevarla. Abrazadla con la ferviente caridad que Jesucristo os enseña, fijad siempre vuestra mirada en Jesucristo en el Calvario. Así sereis dignamente llamado sol de la tierra, luz del mundo, juez de los pecadores, reconciliador de los hombres y el mejor, el más sincero y desinteresado amigo de la humanidad. Tened siempre fijo en vuestra memoria y en vuestro corazón el precepto del apóstol San Pablo: *Ministerium tuum imple* (1). Esta sentencia os asegura, á nombre y por orden de Jesucristo, la recompensa de vuestra pesada y gloriosa cruz; y cuando hoy por primera vez, el Dios Eterno y Omnipotente descienda de su trono á vuestras manos, purificadas por la unción sacerdotal, pedidle empeñosamente la paz de la Iglesia y de la Patria, la santidad y respetabilidad del sacerdocio católico, la tranquilidad de las conciencias y la prosperidad de la sociedad. Pedidle por

(1) Tim., cap. IV, v. 5.

el sacerdote más indigno que os dirije la palabra; pedidle, en fin, por todos los pecadores, vuestros hermanos, que sobrellevando la cruz de los trabajos que Su Majestad se digne enviarnos, con ellos expiemos de alguna manera nuestras culpas: que éstas nos sean perdonadas por su pasión y muerte, y que nos conceda la eterna bienaventuranza.—AMEN.

PANEGIRICO

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PREDICADO EN LA PARROQUIA DE PATZOUARO
EL 25 DE MARZO DE 1842

POR EL

PBRO. LIC. CLEMENTE MUNGUÍA

DESPUES OBISPO DE MORELLA.

*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi
Unigeniti à Patre, plenum gratiæ, et
veritatis.....*

Joann, cap. I, v. 14.

Hemos visto su gloria, gloria cual el
Unigenito debia recibir del Padre, lle-
no de gracia y de verdad.....

S. Juan, cap. I, v. 14.

Para desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseído de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del más profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia, despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que há menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios co-